

UN CAPITAN DE CARLOS V: DON HUGO DE MONCADA

por JOSE YAQUE LAUREL (†)
Coronel de Infantería, del Servicio Histórico Militar (*)

En el largo y espléndido reinado de Carlos de Gante, no exento de sombras y desastres para más vigor del colorido histórico, entran progresivamente en sazón y madurez las ideas sobre organización política y militar de los grandes Estados europeos. Por aquel entonces nuestra Milicia alcanzó las cimas de la perfección y del poder; y a donde no llegaba victoriosa con la punta de la espada, hacía llegar sus efluvios de gloria, sus alcances diplomáticos, sus caballerescas ideas, sus tradiciones, sus letras y su idioma. La organización militar española sirvió, como es sabido, de traza y modelo en los restantes pueblos, y hasta nuestros Capitanes tenían un sello característico y una significación distinta a la de otros países. Esta supremacía y las señaladas victorias conseguidas por los españoles, fueron la causa de que se copiara nuestra organización castrense ya comenzado el siglo XVII y que tuviera el clásico vocablo de Capitán el sentido orgánico semejante al que más de cien años antes tuviera entre nuestros antecesores, como jefe de tropa reglada y combativa.

El hijo del Archiduque Don Felipe de Austria y de Doña Juana la Loca, flamenco de espíritu y de carácter, buen psicólogo y hombre de mundo, tuvo el acierto de rodearse de un plantel de personas inteligentes, auxiliares de su obra, que desparramados luego por el orbe hicieron que el cuadro histórico militar español fuera, por todo extremo, grandioso y pintoresco. Entre aquella pléyade figuraron soldados ilustres, como un Hernando de Dávalos, más conocido por el Marqués de Pescara; Próspero Colonna; el Duque de Borbón;

(*) La REVISTA DE HISTORIA MILITAR se honra con la publicación de este trabajo del coronel Yaque Laurel, cuya muerte reciente lamenta, y del que ha quedado una labor considerable y meritísima en el Servicio Histórico Militar.

Carlos de Lannoy; el Príncipe de Orange; Antonio de Leyva; el Marqués del Vasto; don Hugo de Moncada y muchos otros, nacidos algunos lejos del hispano solar, que se acogieron a nuestras banderas y bajo sus pliegues lucharon para asentar los firmes sillares de una monarquía española, católica y hereditaria.

Durante aquel reinado solamente se daba el nombramiento de Capitán a personas de reconocida capacidad, y de hecho se cumplían desde los comienzos de la centuria las reglas que después se dictaron para que los que ostentaran el grado mencionado fueran personas que «gozaran de buena salud y tuvieran los servicios adecuados», prefiriéndose los aspirantes que los tuvieran mayores, y añadiéndose «que no debían ser muy viejos, ni tan mozos que les faltase la prudencia y experiencia que cargo de tanta responsabilidad requería para salir airoso en los lances de la guerra».

El cometido, como se ve, era grandemente hermoso e importante en tal época, pues en realidad no había más autoridad que la suya, que la del monarca o la de los Jefes supremos de los Ejércitos de Tierra y Mar. Ejercíamos, por ello, un evidente predominio militar en el mundo, no teniendo el Capitán en las restantes naciones el prestigio y el carácter que tenía entre nosotros, ya que durante el reinado del César comenzó tal vocablo a señalarse con un significado cortés y respetuoso, correspondiendo a algo parecido al de *Señor*.

LA FAMILIA MONCADA. EL BENJAMÍN Y SU SILUETA MORAL. DON HUGO Y EL GRAN CAPITÁN. LAS PELOTAS DEL GARELLANO

La nobleza del siglo XVI continuó siendo lo que fueron sus predecesores: limpio espejo de nuestras armas y glorioso ornamento de nuestras letras.

Como la sangre, los honores y las riquezas, vinculábanse entonces el saber y el valor en las familias ilustres, y de esta suerte se hacían dignos los señores, por una parte del favor del trono, y por otra del respeto de la muchedumbre. Tal ocurrió con don Hugo de Moncada, Capitán del Emperador Carlos V, descendiente de una de las principales familias españolas, que prestó a su Patria importantes servicios, ya como soldado bajo las órdenes de Gonzalo de Córdoba, radiante figura que se alzaría eternamente gloriosa sobre el duro pedestal de un pequeño Ejército, ya como consumado diplomático en las Cortes de Roma, en Nápoles y Sicilia.

Fue el padre de nuestro héroe don Pedro de Moncada, Señor de Aytona, y cabeza de la casa de Moncada, caballero de insigne valor y prudencia, muy grato al Rey Católico Don Fernando por su nobleza y virtud. Su madre era doña Beatriz de Cardona, nieta del Duque de este nombre. Tuvo el matrimonio cuatro hijos, llamados Juan, Gastón, Guillén y Hugo, nacido éste en el año 1476 en Chiva (Valencia). El historiador Vargas Ponce, hablando de nuestro biografiado, asegura «que fue animoso, sublime y ensalzado ingenio, agudo y de mucha sagacidad, con brío militar, verdaderamente generoso, con un espíritu mayor del que conforme a su edad parecía que debía tener, porque en sus palabras, *meneo y postura de rostro*, más parecía de edad madura que *mochacho* de catorce años». Por ello el padre, conociendo en su hijo muestra y brío digno de mayor fortuna, le envió a casa del Rey Don Fernando de Aragón, con el que permaneció poco tiempo, porque deseaba satisfacer el ardiente deseo de ser empleado en lances de honor y gloria en las luchas que por doquier se sucedían y en las que España intervenía con singular acierto.

No faltó mucho tiempo la fortuna a su deseo, porque arrojados los moros de toda la Península y hechas las paces del Rey Fernando con el de Francia, Carlos VIII, don Hugo, lleno de valor y brío, se puso a las órdenes de este monarca, y al cumplir los diecisiete de su edad solicitaba la oportuna licencia del soberano español, que le fue concedida. Presentado en el campamento francés, fue recibido con muestras de cordial aprecio por el monarca de aquella nación, observando en el llegado «mucho ánimo», porque en edad tan temprana ya quería ejercitar las armas y «meterse en tantos peligros, por quien no era su Rey, ni Señor».

Bien provisto de armas, séquito y caballo, cual cumplía a un caballero de la época, Moncada intervino luego en algunas escaramuzas y combates en Cataluña y Rosellón, pero rotas a poco las relaciones entre España y Francia, el Capitán Hugo tuvo un rasgo caballeresco de lealtad, al no olvidarse de que era un vasallo de Carlos V. Presentándose al soberano galo le manifestó «que aunque holgara en servirle para mostrarle la merced que entendía le había hecho, estimaba más la obligación con que había nacido de ser fiel a su Rey y Señor; y que así le suplicaba tuviese por bien darle la oportuna autorización, pues no había que pelear contra un Príncipe». El Rey Carlos, estimando más a Moncada por la lealtad de su

corazón, le dio la licencia solicitada, ofreciéndole al propio tiempo su gracia y favor para todo lo que le importase.

El inesperado fallecimiento del Papa Alejandro VI, aquel famoso Rodrigo Borgia, paisano suyo y a cuyo servicio estuvo algún tiempo, así como la derrota de los franceses el 28 de abril de 1503 en la memorable batalla de Ceriñola, influyeron en su ánimo para ingresar con los suyos en las filas que, llevando a su frente a Gonzalo de Córdoba, combatían con denuedo en las campiñas italianas. Y a ellas llegó, siendo recibido con la cortesía proverbial por el Gran Capitán, que, tras darle destacados puestos dentro de su mermado Ejército, prosiguió con brillantez las operaciones sobre Gaeta.

Recobrada por nuestras tropas la importante posición de Roca-Guillerma, los jefes adversarios Marqueses de Mantua y de Saluces, después de largas deliberaciones, determinaron cruzar el río Garellano y atacar a las huestes del Gran Capitán. El Ejército de éste se hallaba dispuesto a defender a toda costa el paso sobre el río mencionado, pero el enemigo se dio tan buena maña que, por un puente de barcas construído durante la noche anterior, arremetió contra la vanguardia española, la que sufrió grandes pérdidas. Viendo lo que sucedía, el intrépido Moncada se lanzó con ánimo esforzado sobre sus contrarios y *«rompiendo por los franceses, dio en ellos tan recio que los batió a lanza y espada»*, por el puente, no dándoles lugar a que se organizasen y quedando el campo y el puente libres de todo peligro. Fue este hecho digno de encomio y alabanza, porque, señala Paulo Jovio (1), *«que de la otra orilla de la ribera, tiraban a los españoles, sin cesar, balas y pelotas de artillería, y arremeter a ellas, más fue arremeter a las pelotas, que pelear con hombres»*. Esto decía Moncada al citado historiador, asegurándole que se había hallado en otras batallas por mar y tierra y jamás lo hizo en acción tan terrible y peligrosa por la furia y violencia *«de las pelotas que volaban»*.

Después de la Campaña del Garellano, la tranquilidad volvió, aunque por poco tiempo, al Reino napolitano, y entonces nuestro héroe fue designado por el Emperador para marchar a Africa a luchar contra los berberiscos. Esta nueva prueba de estimación del soberano le llenó de satisfacción y orgullo, porque así cumplía también el vehemente deseo de combatir como Caballero de la Orden de San Juan

(1) *Vida del Gran Capitán*. Basilea, 1678.

a los enemigos de la fe cristiana, según precepto primordial de sus Estatutos.

Muy grande era por entonces el poderío otomano en todo el Mediterráneo, pues, proclamado Barbarroja dueño y señor de Argel, pretendió apoderarse de los puntos ocupados en la costa por los españoles, a los que puso en grave peligro. El Emperador determinó, no sólo desplazarlos de los puntos conquistados, sino impedir que en la costa se afincaran y extendieran los corsarios, para cortar sus constantes fechorías. La empresa era de suyo difícil y espinosa, pero el Emperador creyó que nadie mejor para llevarla a cabo que don Hugo, por su excepcionales condiciones no sólo de militar, sí que también de hábil político.

DON HUGO MARCHA A ARGEL AL FRENTE DE UNA EXPEDICIÓN.—PROFECÍA QUE SE CUMPLE.—LA ENTEREZA DE MONCADA

Dando cumplimiento a las órdenes recibidas, el Capitán español organiza en Cartagena una expedición marítima, que embarca en aquel puerto con dirección a Orán, plaza que entonces gobernaba el Marqués de Comares, el cual envió 300 lanzas a las fuerzas expedicionarias. A principios del mes de agosto de 1504 la escuadra daba vista a las costas de Africa. Estaba constituida por 80 velas, en las que iban cerca de 5.000 soldados de los viejos Tercios españoles, 300 caballos y algunas piezas de Artillería.

Con orden y disciplina la expedición saltó a tierra, y cuando se iba a emprender la marcha hacia el interior del país, tuvo noticias fidedignas el Capitán español de que Barbarroja había ocupado por sorpresa la plaza oranesa, al frente de 3.000 tiradores, escopeteros y flecheros y más de 5.000 caballos. Don Hugo, militar recatado y prudente, ante el numeroso enemigo que tenía enfrente, y no queriendo exponer sus fuerzas a un fracaso, permaneció a la defensiva, observando los movimientos del adversario y ajustando su proceder a las circunstancias.

Cuenta la historia que por aquel tiempo vivía en la ciudad de Orán una mora hechicera, que había pronosticado la derrota del Capitán don Diego de Vera y que ahora también anunciaba que don Hugo de Moncada se vería envuelto con su gente en una horrible tempestad en el mar, añadiendo que en tiempos venideros un Emperador cristiano fracasaría en sus intentos de conquista. Barbarroja, aunque no

dió fe a estas predicciones, a pesar de algunos aciertos de la pitonisa, procuraba difundir entre sus soldados estas profecías, por ser conveniente aumentar la confianza de su fuerza.

Aprovechando unos días de bonanza los españoles decidieron desembarcar, y Moncada organizó su expedición en un orden concentrado, y con presteza y excelente espíritu se situaron aquéllos frente a Orán. El Rey Barbarroja se preparó a la defensa, ante la decidida actitud de los expedicionarios, cuyo Capitán, con su ejemplo, incitaba a los suyos al cumplimiento del deber, y así se le veía unas veces rodeando los escuadrones, otras proveyendo los lugares peligrosos, enviando reconocimientos a las líneas enemigas y no consintiendo, para mostrar mayor ánimo, que en su campo se hicieran fosos ni trincheras, a fin de pelear a pecho descubierto.

La lucha entre ambos bandos fue porfiada y sangrienta. Las tropas españolas iban alcanzando sus objetivos, pero la diosa Fortuna, queriendo vencer a quien por la fuerza del número se enfrentara, hizo que se levantase una tempestad tan horrible, con tanta furia de los vientos y altísimas olas del aireado mar, que las naos, chocando unas con otras, se hicieron pedazos, o dando al revés se iban al fondo del Mediterráneo. Amanecía cuando los berberiscos abandonaron sus refugios de la plaza, congratulándose de lo ocurrido a sus adversarios. El Capitán Moncada, viendo la pérdida de parte de su armada y las muchas bajas sufridas, dio pruebas de una fortaleza de ánimo admirable, manteniéndose firme ante la desgracia y no vacilando un solo momento ante aquel doloroso espectáculo. Luchando con las olas el denodado Hugo, observó que se le acercaba un grupo de treinta soldados del Peñón de Vélez, que venían nadando, para suplicarle en nombre del Alcaide de aquella plaza que salvara su vida y no pereciera en aquella brava tempestad. Don Hugo, ante las insinuaciones de los comisionados, con rostro severo les dijo: «Nunca Dios quiera que donde tanto caballero se ha perdido, escape yo vivo y sano». Mas como muchas veces la Providencia tiene particular empeño en conservar a los varones insignes, levantóse un viento de tierra que favoreciendo a los barcos, hizo que éstos pusieran la proa a las costas francesas. Los españoles que cayeron prisioneros de los moros fueron repartidos entre sus galeras, para «que los echaran al remo».

Regresado a España don Hugo, el Emperador quiso premiarle por el gran espíritu demostrado en tan ruda jornada, al mantenerse

firme en su puesto ante la desgracia, estimando muy particularmente su obstinación al no desamparar la flota a él encomendada; y como aún no estuvieran rotas las relaciones con Francia, quiso el soberano imperial que se remediasen los daños que los corsarios turcos habían causado en las costas mediterráneas de España y Sicilia, acudiendo además a la Isla de los Gelves, lugar donde los moros tenían seguro refugio para sus piraterías, conquistándola. Acrecentaba tanto tal deseo el estar aquella isla cercana a sus Estados, y haber muerto en ella don García de Toledo y derrotado el famoso Pedro Navarro.

UNA NUEVA EXPEDICIÓN AFRICANA.—MONCADA, HERIDO DE UN
FLECHAZO.—TRIUNFO EN GELVES

Para este efecto don Hugo marchó a Barcelona, donde la Corte a la sazón se hallaba, y se cuenta que Carlos V, después de saludarle con gran efusión, le dijo: «Don Hugo, hanme dicho que sois desgraciado»; a lo que él contestó: «Os han dicho la verdad, que harto desgraciado soy, pues habiendo servido a vos y a vuestro abuelo tantos años, no me habéis dado un ducado de renta. Dadme vos a mí gente que espera como yo, y veréis si soy desgraciado, que, o salgo con lo que emprendo, o quedo preso peleando».

Se organizaba por entonces en los puertos españoles una nueva expedición marítima compuesta de 10.000 hombres, con el objeto de castigar a los piratas de los Gelves. Encomendóse a Moncada el mando, y aquél, después de besar las manos de su Rey, partió con ocho galeras con rumbo a Cerdeña. Durante la travesía, dura y difícil por aquellas costas, tropezóse con unos corsarios enemigos, a los que se atacó con furia. La lucha entablada fue sangrienta, y cuando estaba próximo el asalto a la nave capitana turca, don Hugo, haciendo más oficio de soldado que de jefe, animando a los suyos y provisto de espada y rodela, sufrió un flechazo debajo de un ojo, a la vez que un tiro arrancó el timón de la nave donde iba embarcado.

Estando el Capitán español convaleciendo de su grave herida, recibió cartas del Emperador, por las cuales se le nombraba Virrey de Sicilia, cargo de gran importancia y autoridad. Vista la merced que su soberano le hacía y la nueva obligación que tenía en servirle, embarcó con 3.000 soldados de los viejos Tercios españoles y 500 alemanes, y abandonando las costas sicilianas llegó a la Faviana, donde halló 10.000 hombres que habían llegado de España. Acompañaba

a Moncada Diego de Vera, hombre muy práctico en la guerra, y uno de los que en campo cerrado peleó por mandato del Gran Capitán en aquella famosa lid en que once caballeros españoles y once franceses hicieron armas sobre el valor de cada nación.

En pocos días llegó Moncada a la vista de los Gelves, cerca de Túnez, y desembarcadas sus tropas y después de darles un pequeño descanso, avanzó hacia el interior del país, organizando sus fuerzas en tres escuadrones de igual frente, colocando en medio a la Infantería en orden cerrado, con sus largas picas, teniendo a su derecha los caballos ligeros y a su izquierda los hombres de armas. Cuenta la vieja crónica de don Gaspar de Baeza (2), que el Capitán Moncada iba delante de los suyos, «armado de todas piezas cubiertas de carmesí, con infinitas cruces blancas sembradas por ella. Un manojo de plumas en el yelmo y testera de un gran caballo rucio, encubierta de carmesí, con cruces blancas, y, delante de todos, juró de vencer en la batalla o morir en ella».

Entablada la lucha se hizo a poco encarnizada, al mismo tiempo que salían de los palmares infinitos jinetes moros. «Ea, señores —dijo don Hugo—, que de ruín a ruín, el que primero acomete, ese vence ¡Santiago!»; y dando espuelas a su caballo y seguido de sus soldados, cerró contra el enemigo, y siempre adelante, siempre destacado entre todos, siguió a los fugitivos hasta que desaparecieron del campo.

El Jefe de los moros de Gelves, admirado del valor de Moncada, se hizo tributario del Emperador Carlos V, jurándole obediencia, y el Capitán español, muy satisfecho de los resultados obtenidos, dando las velas al viento, se volvió a Sicilia.

UNA CARTA DEL EMPERADOR A MONCADA.—TIRANTEZ DE RELACIONES
CON FRANCIA.—PRISIONERO Y LIBERTADO.—FRANCISCO I VENCIDO EN
PAVÍA

La jornada en los Gelves y la resonante victoria obtenida por las tropas españolas, al conseguir que el jefe de los moriscos de aquella zona se hiciera tributario del Emperador español, causó, como era natural, una gran alegría al César Imperial, quien envió seguidamente a Moncada una sentida carta en la que le hacía presente su gratitud por el éxito alcanzado, dándole al mismo tiempo su autoriza-

(2) *Vida de Moncada*. Valladolid, año de 1664.



Don Hugo de Moncada, según un grabado de su época.



Batalla de Pavia, grabado que figura en el tomo III de la *Historia General de España*, del P. Mariana, edición de 1849 por la Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, Madrid.

ción para que emprendiera nuevas operaciones sobre los berberiscos, antes de la llegada del invierno.

Por su interés histórico, copiamos a continuación la carta fechada en Bruselas el 27 de julio de 1520 y que figura en la *Colección de Documentos Históricas* publicada por los señores Pidal y Salvá, en Madrid el año 1854. Dice así: «El Rey—Don Hugo de Moncada, nuestro Capitán General y del nuestro Consejo.—Recibimos vuestras letras con el Comendador Sangüesa el cual nos hizo extensa relación de todo lo que pasó en la Isla de los Gelves y del apuntamiento y estado en que quedaba, y nos comunicó la instrucción y memoriales que vos le disteis, por donde quedamos muy bien informados de todo lo necesario. Nos habemos dado muchas gracias a Dios, nuestro Señor, por la merced que nos ha hecho en darnos tan honrada victoria donde vos habeis bien demostrado quien sois, y lo que vuestra persona vale. Y nos place mucho más que la Isla se haya tomado a partido, con las condiciones que escribís, e muy bien vemos que vos hicisteis lo que os fue posible, según la disposición del tiempo, que no por otra vía se hubiera saqueado y destruido, porque agora lo que más conviene es asegurar lo ganado, para que con el tiempo no pueda en ello haber mudanza. Parécenos bien lo que escribís que en la dicha Isla se haga una fortaleza, y de ésta queremos que vos toméis y tengáis el cargo de la fábrica y de la guardia y tenencia della, como teneis la de Trípoli. Y para ello os mandamos enviar de Nápoles 6.000 ds, para que luego se ponga mano en labrarla, si entendierais que el Jefe y moros de la Isla no seran escandalizados de ello. Porque en tal caso será menester primero concertarlo con ellos y platicarlo con el Embajador que acá viene, en cuyo despacho, luego que sea llegado, nos mandaremos proveer con presteza, y la sea hecho todo buen tratamiento. Asimismo nuestra voluntad es que la Infantería de esa nuestra armada se entretenga y conserve; y para remediarse por ahora de vestidos enviamos a mandar a nuestro Virrey de Nápoles que luego dé orden de enviaros hasta 30.000 ds, y habeis de escoger de toda la Infantería que con vos se halla hasta 4.000 hombres de los mejores y mas útiles, aunque por mas reputación de la dicha armada podeis publicar que son 6.000; y dareis a cada uno dos pagas enteras, y concertar con ellos que de aquí en adelante se contenten con sendos ducados por mes y de comer, los cuales se han de pagar de lo que procediése de la contratación de los granos de los Gelves, si fuere cual decía. Lo cual tambien queremos que vos tengais el cargo. Y si os pareciere que

el tiempo da lugar que antes del Invierno se pueda facer, como escribís, algún asalto en Berberia, que sea cosa cierta y facil de ejecutarse para que la gente se remedie, lo podeis facer. Y despues ver donde la dicha Infanteria se pueda mejor sustentar el Invierno, y estar proveida de vituallas a menos costa y sin daño de nuestros súbditos, y arreglado todo como vieredes que mas convenga. Y pues ya tenemos mandado despachar al dicho Comendador Sangüesa, con quien mas extensa y particularmente se responde a todo lo que escribís y consultais, y se provea lo necesario, no será por agora menester mas deciros, que solamente tenemos mandado escribiros esto, porque seais avisado de nuestra voluntad e intención. En lo que toca a la salud y remedio de vuestra persona mucha razón es que entendais, dejadas todas las otras cosas: y para eso no es menester que pidais mas licencia que la que vos mismo quisierades tomaros.=Dada en Bruselas a 27 dias del mes de Julio de 1520.=Yo el Rey.=Urries Secretario (y a un lado dice).=Y no señalada del gran Canciller.»

Quiso Carlos V que su leal súbdito abandonara temporalmente las ocupaciones guerreras y se ejercitase en las de la paz, gobernando el Reino puesto a su cuidado, pero las antiguas querellas y rivalidades con Francia volvieron a resurgir entre ambos soberanos. Parece deducirse, según se desprende de lo que menciona la Historia de aquel reinado, que todo tuvo su origen en que el Emperador, estando en Flandes al tiempo de las famosas Comunidades de Castilla, observó con el natural disgusto que las tropas francesas cruzaron los Pirineos, sin autorización, y llegaron hasta Logroño, ciudad en la que se cometieron toda clase de tropelías.

Desempeñando el mencionado cargo en Sicilia, estalló en el mes de julio de 1524 una sangrienta lucha en la Provenza francesa, entre las dos naciones, y entonces el Emperador organizó un fuerte Ejército, para el que fue nombrado como General de Tierra al joven Marqués de Pescara, y jefe de las fuerzas del Mar don Hugo de Moncada, quien después de tomar el mando de la flota embarcó toda la Artillería en varias naos, y con 16 galeras fue siguiendo desde Génova la ruta del Ejército Imperial, que marchaba por los Alpes Marítimos. Era la armada contraria mucho más potente que la mandada por Moncada, teniendo muchos más barcos que la de éste. Además llevaba a su frente al famoso General Andrea Doria (3), curtido en

(3) Este célebre Almirante genovés, primeramente sirvió al Papa Inocencio VIII

los lances navales y de gran valor y prestigio. En el Ejército Imperial formaban 7.000 alemanes, 6.000 españoles, 4.000 italianos y 500 caballos ligeros. Marchaba la flota a la misma altura que la columna terrestre, pero una vez llegados al río Varo, fronterizo de Francia e Italia, el Almirante Doria, al frente de su poderosa Escuadra, se presentó dispuesto a dar la batalla a los españoles; mas Moncada, observando la gran ventaja que aquél le llevaba, como militar prudente, comenzó a retroceder, «porque de la salud de la Armada —dice la Crónica de Baeza— consistía el bien del Ejército de Tierra».

Sucedió entonces que dos galeras del Jefe español, corriendo viento contrario, quedaron a la deriva y con la proa a tierra, lo cual visto por el adversario, Doria, se apoderó de ellas, llevándolas a remolque; pero acudiendo prontamente los españoles y metiéndose en el mar hasta la cintura, lucharon tan valerosamente, que, a pesar de los esfuerzos del adversario, se logró recobrar los navíos, para lo cual aquéllos cortaron las maromas con que los llevaban atados. Moncada prosiguió su viaje, pero antes echó toda la Artillería a tierra, esperando una favorable ocasión en la que Doria no tuviese tanta ventaja en su flota, y encaminándose a Mónaco, mientras que el Marqués de Pescara retrocedió a Italia, ya que ni el Emperador ni el Rey de Inglaterra habían entrado en Francia como lo habían prometido.

Francisco I, para defenderse de las tropas dueñas de la Provenza, entró en aquella región al frente de un numeroso Ejército, y una vez apoderado de Milán, cercó en Pavia al valiente Capitán Antonio de Leiva. Quedó así entablada entonces una terrible contienda entre el Emperador y el Rey de Francia, y aunque en España los Comunes fueron dominados y fuera de ella los franceses vencidos y presos, quedó dolido el Emperador por la mala voluntad del Rey adver-

y a varios Príncipes italianos, y hasta a los Reyes de Francia Carlos VIII y Luis XII. Su vocación de marino no se reveló, sin embargo, sino después de la manumisión de su Patria, en que sacude el yugo de los franceses en 1512. Dueño de doce galeras conquistadas a los corsarios africanos, entró al servicio de Francisco I, con quien los genoveses acababan de formar una alianza. Vencedor de los españoles en Marsella, estuvo a pique de arrebatárselos el ilustre prisionero de Pavia, cuando lo llevaban a España. Después de la libertad de Francisco I, fue elevado al cargo de Almirante, pasando luego a servir a Carlos V, libertando la ciudad de Génova de la dominación francesa en 1528. Secundó al Emperador en su Expedición a Túnez, en 1535, y Argel, en 1541, pero le faltó en 1539 la ocasión de exterminar a los Barbarrojas en Provenza. Murió en 1560.

sario. Fue entonces cuando don Hugo, abandonando las riberas de Génova, llegó con sus barcos a Varagio al salir el sol; una vez en tierra comenzó a desembarcar sus fuerzas para el ataque, que dio comienzo con mucha ventaja para los españoles. Mas levantado un viento tan violento que impedía el avance de las tropas, fueron llevados los navíos a las peñas de la costa, donde quedaban destrozados. Desde las murallas de Varagio observaron sus defensores lo que ocurría y los esfuerzos de Moncada por salir del aprieto, y en aquellos momentos el valeroso Capitán fue detenido, con gran placer del Rey Francisco, que creyó sin duda que así quedaba libre de su fama, ingenio y valor de este español. Ya en su poder, lo mandó llevar a Francia, con la orden de que fuera tratado conforme a su calidad.

Moncada sufrió con varonil ánimo su triste situación, como prisionero de los franceses, pero la fortuna, que tantas veces se le mostró esquiva, brevemente le abrió un camino que le condujo a la libertad.

Y sucedió que el monarca francés, que fue herido y prisionero en la famosa batalla de Pavía, el 24 de febrero de 1525, y traído a España, buscando remedio para lograr su libertad, se acordó que tenía en su poder al Capitán Moncada, persona de la mayor estimación del Emperador Carlos. Pareciéndole que era la más indicada para que influyera en su favor, incitándole con su sagaz ingenio a la consecución de su anhelada libertad, dispuso que se soltara al Capitán prisionero y que no le fueran puestas trabas al encaminarse a su país, cruzando Francia, recomendándole al mismo tiempo que manifestase al Emperador «cuan grande gloria le sería, que le soltara, humana y libremente de la prisión».

Tenía el monarca francés concertado un tratado secreto con el Virrey de Nápoles, Carlos de Lannoy, para que lo trajese a nuestra Patria, y como Lannoy era gran amigo de Moncada, una vez éste en España hizo su oficio generoso intercediendo cerca del Emperador, con prudentísimos razonamientos y sugiriéndole que al libertar a su adversario podría aumentar su poder, sofocando así a la turbulenta nobleza italiana y haciéndose proclamar soberano de aquel país. Este consejo fue también del parecer del Marqués de Pescara, vencedor de los franceses en la mencionada batalla.

Concedida que le fue la libertad al Rey Francisco, previas algunas condiciones que no se cumplieron, al llegar el libertador a la Gascuña tomó la firme resolución de combatir a su odiado adversario Carlos,

ayudando con sus tropas a Sforcia así como al Pontífice y a los venecianos. El Papa parece ser que trató también de atraerse al Marqués de Pescara, para que se rebelase contra el poder imperial, ofreciéndole en premio Nápoles.

LOS ACONTECIMIENTOS DE ROMA.—UNA MISIÓN POLÍTICA.—DEFENSA DE NÁPOLES

Ante los graves acontecimientos que se avecinaban, Carlos V envió a Roma a su leal Moncada, para que hiciera presente al Pontífice Clemente VII la disconformidad con la política desarrollada por sus aliados, rogándole que abandonase el partido de Francia y del Duque de Milán y reconciliándose antes con los Colonnas. El Emperador, por un rasgo que revelaba mucha generosidad, permitió al Santo Padre que permaneciese neutral en las guerras de Italia, dejándole vasto campo para satisfacer la noble y legítima ambición de ser, como Jefe de la Iglesia, mediador entre los más poderosos Príncipes de la Cristiandad. El Capitán español prosiguió brillantemente las operaciones en el Reino italiano durante los años 1526 y 1527, distinguiéndose de manera notoria en la conquista de la Ciudad Eterna. En el año 1528, siendo Virrey de Nápoles, cargo en el que sucedió al Conde de Lannoy, defendió de modo heroico la capital del Virreinato, bloqueada por los franceses, cuyo Ejército, que era mandado por el señor de Lautrec (4), era muy numeroso, haciendo venir de Génova al Almirante de la flota, Filippo Doria, con ocho galeras y veinte navíos venecianos.

Don Hugo tuvo noticia cierta de los propósitos del adversario, y aunque sólo contaba con seis barcos, confiaba mucho en el valor de los viejos arcabuceros que le acompañaban, ya que el Capitán Juan ce Urbina los había escogido entre los mejores y más prácticos en las luchas marítimas. En la nave capitana embarcaron el Marqués del Vasto, Ascanio Colonna, Gran Condestable del Reino de Nápoles, y otros muchos caballeros napolitanos y españoles, y con mucho ánimo

(4) Odetto de Lautrec fue un militar todo poderoso bajo el reinado de Francisco I y Teniente General de las tropas del Milanesado. Muy valiente, pero duro y codicioso, excitó el descontento general en el Ejército. Después de pelear en Pavía el año 1525, fue designado dos años después para mandar el Ejército para la conquista de Italia. Perdió un tiempo precioso en la conquista de Nápoles.

y no dudando de la victoria, alzaron las velas, saliendo de la costa de Pansilipo con dirección a la isla de Capri, situada a la entrada del Reino de Nápoles. Era Gobernador de aquella colonia un jefe napolitano (Briardo Agnese), quien dio aviso a Doria de la llegada de Moncada, solicitando el pronto envío de una compañía de arcabuceros. Los genoveses, al observar la decisión con que avanzaban los adversarios temieron ser envueltos, aunque tenían gran confianza en las galeras que todas llevaban en lo alto de las «arboladuras, gávias desde las cuales, según sucedía en las naves de mayor porte, podían pelear diez o veinte hombres tirando piedras y armas arrojadizas».

El Conde Filipo Doria, llamando a los Capitanes de sus galeras, les explicó las victorias que sus mayores habían conseguido, recomendándoles que mantuviesen la fama que tenían de valerosos por mar, «porque los españoles, aunque eran valientes, no estaban acostumbrados a pelear entre los bancos y estrechos de la crugia y canalla de los remos».

En tanto que Doria animaba a los suyos, don Hugo de Moncada se iba acercando al Cabo del Ovo, junto a las costas de Salerno.

EL BLOQUEO DE LA PLAZA NAPOLITANA.—UN COMBATE DESGRACIADO.—EL VALOR DE LOS ESPAÑOLES.—MUERTE DE MONCADA.—JUICIO CRÍTICO

Puestas en línea de combate las galeras imperiales, los Capitanes y cómitres de la flota expusieron a Moncada las dificultades que tenían que vencer para envolver a los adversarios, que disponían de mayores elementos en los navíos. Ello no arredró al militar español, que confiaba mucho en el valor ya acreditado de sus soldados, y sin hacer caso a las objeciones que se le hacían, aprovechando el momento que estaba cerca de él la nave capitana de Doria, enderezó a ella, creyendo que tres galeras del adversario huían. El Marqués del Vasto indicó a Hugo la conveniencia de que hiciera disparar la pieza más gruesa de su galera, «porque con el humo no pudiese el adversario enderezar la suya». Mientras esto ocurría, Doria disparó contra la capitana española «una pieza gruesa, llamada basilisco, cuya terrible pelota, quebrando arriba el espolón, en la rumbada, hizo una terrible matanza, y voló de la proa a la popa, por la crugia, con tanta furia que habiendo muerto más de 30 soldados y marineros, mató en la popa muchos otros caballeros principales, y entre ellos a Don Pedro de

Cardona, siciliano, familiar del Marqués del Vasto, a Don Luis de Guzmán, español, etc., etc.» Dice la Crónica ya mencionada de Vargas Ponce, «que la sangre y entrañas de los muertos despedazados ensuciaban a Don Hugo y al Marqués del Vasto».

Tres horas duraba la batalla, en la que los contendientes luchaban con verdadera furia. Tres galeras imperiales, llamadas «La Giba», la «Villamarina» y la «Sicamés», peleaban valerosamente, apoderándose de dos navíos enemigos, sobre las que dispararon «a modo de granizo» una tempestad de «balas y pelotas». Derribada la cofa de la capitana española, donde ondeaba el estandarte imperial, y cercados los barcos, la victoria se inclinó a Doria, porque Moncada, en cuyo ánimo nunca entró el pavor, viendo la tempestad y furia de los proyectiles y que luchaban cuatro galeras contra la suya, «no llegando mano a mano» —dice la aludida Crónica— apartóse un poco y con la espada tendida y desnuda y un escudo en el suelo, cubriéndose con él contra las balas que por todas partes venían, no habiéndole osado nadie acometer, acertóle una pelota de un arcabuz en el brazo diestro y otra de un falconete en el muslo siniestro». De esta manera cayó muerto.

El Marqués del Vasto resultó herido gravemente, y como nota curiosa la vieja Crónica de Gaspar de Baeza dice sobre este personaje, que «fue herido en la cerviz por una olla de fuego labrado, teniendo abollado el yelmo de muchas pedradas que desde las gávias le tiraban los contrarios, viéndose obligado a rendirse».

Muy sentida fue por el Emperador la muerte de Moncada y de sus súbditos, y todos los prudentes entendían que si Don Hugo hubiera tenido, al tiempo de ejecutar, tanta fortuna como valor, igualara, sin duda, a la gloria de los antiguos Capitanes. Por su parte, sus enemigos confesaron que la grandeza de su corazón fue tanta, que con razón aquel brío de valor indómito, que a tantos peligros y escuadrones de picas salió superior, «se rindió solamente a aquella infernal máquina a quien ninguna fuerza humana puede resistir».

El cadáver del valeroso español fue llevado a la ciudad de Amalfi, y sepultado en la iglesia de San Andrés, de donde después fue traído a Valencia, y enterrado en el convento de Nuestra Señora del Remedio.

Don Hugo de Moncada poseía dotes de buen gobernante: consejo para trazar, prudencia para proveer, ingenio para atender y va-

lor para ejecutar. Sobre su recia figura campeó siempre el lema de la lealtad a su Rey, y la lealtad es siempre la base de toda perfección natural, que representa la rectitud y la verdad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFRED MOREL-FATIO, *Historiographie de Charles-Quint*. París, 1913.
FLORIÁN DE OCAMPO, *Carlos I. Comentaires*. Loumier, Bruselas, 1862.
PAULO JOVIO, *Vida del Gran Capitán*. Basilea, 1678.
JAMES MURRAY, *Charles V*. Londres, 1867.
GASPAR DE BAEZA, *Vida de Moncada*. Valladolid, 1664.
GARCÍA CERECEDA, *Tratado de las campañas de Carlos V*. Madrid, 1873.
PAUL HENRARD, *Notice sur l'Artillerie de Charles V*. Anvers, 1874.
V. BRANTOME, *Vie des grands Capitaines étrangers*.
PEDRO VALLÉS, *Hechos memorables*. París, 1538.